

LA IMPRONTA DEL EXILIO EN LA  
POESÍA DE JUAN MANUEL  
MARCOS Y RUBÉN BAREIRO  
SAGUIER

GUSTAVO BORDÓN  
*Universidad del Norte*



**P**robablemente muy a su pesar, literatura y exilio se han llevado de la mano a lo largo de la historia más de lo que sería considerado deseable o, mejor dicho, tolerable. La experiencia del destierro deja, pues, inevitables e inocultables huellas en el espíritu del desterrado, de cualquier desterrado, pero sobre todo en el de aquel individuo obligado a vivir en otra nación, cerca o lejos de su patria, en virtud de una medida formalmente emitida y efectivamente cumplida por la autoridad de turno, con el consiguiente agregado de no estarle permitido el reingreso al territorio.

No menospreciamos con esta afirmación el impacto que producen en las personas otras formas de exilio, como ser el económico, que dicho sea de paso, por razones semánticas y prácticas, no lo consideramos estrictamente encuadrado dentro del marco significativo de lo que se entiende por exilio. El exilio económico se acerca más bien a lo que conceptualmente se denomina *emigración*, y el ser humano, desde los albores de su historia (y prehistoria) ha sido siempre un animal migrante. El que se ve forzado, o atraído, a emigrar por razones económicas, laborales y hasta sentimentales tiene el privilegio – apenas dadas las condiciones – de regresar

temporal o definitivamente a su país de origen o crianza, si así lo determina su voluntad. El exiliado político, en cambio, no posee tal privilegio. Depende del arbitrio de quien detente ocasionalmente el poder.

Entiéndase, a propósito, como exiliado político no solo a aquella persona que milita en un partido o que ejerce la actividad política o ha tenido participación en alguna acción, conspiración, asonada o denuncia contra el Gobierno que le aplica la medida, sino a todo aquel que, como el poeta, el artista, el científico, en fin, el intelectual, considerado peligroso o indeseable para determinado régimen o estado de cosas, es forzado al ostracismo. Tal es el caso tanto de Rubén Bareiro Saguier como de Juan Manuel Marcos, y tantos otros, si bien los referidos han desarrollado a su vez actividades de carácter franca y abiertamente opositor a la dictadura stoniana, léase en la lucha gremial estudiantil, en revistas literarias como *Alcor* y *Criterio*, y hasta en un partido político. En este caso, coincidieron ambos en el Partido Liberal (luego Radical Auténtico).

Xavier Medina, sociólogo y antropólogo catalán, nos recuerda en un ensayo publicado en la revista *Estudios Paraguayos*, de la Universidad Católica, de Asunción, la distinción entre los términos *emigrante* y *emigrado*, como dos modalidades del fenómeno de la migración. Al respecto, el académico afirma que, por etimología, *emigrante* es “aquella persona que se traslada de su propio país a otro con el fin de trabajar en él, de manera estable o temporal”. En cambio, el vocablo *emigrado* se aplica a la “persona que vive en la emigración, obligada a ello generalmente por causas políticas”. (*Estudios Paraguayos*, Pág. 121) (8) Huelga decir que en nuestro ambiente literario ha habido ejemplos de ambas modalidades, a veces combinadas en un mismo escritor.

Pues bien, cómo se traduce eso en la literatura, y más específicamente, en la poesía. Proponemos un abordaje del tema

del destierro como factor distanciador, mencionando someramente sus diferentes acepciones y presentaciones (exilio político, exilio interno, autoexilio y otros) y, en contrapartida, la poesía como elemento superador del distanciamiento ocasionado por ese destierro. Es decir, el exilio que separa orillas, y la poesía que, al contrario, las acerca y une. Una exploración de la realidad compleja que supone en el hombre el destierro forzoso y la manera en que esa realidad impacta en el poeta y cuya impronta se percibe en la obra de los autores elegidos, Bareiro Saguier (Villeta del Guarnipitán, 1930) y Marcos (Asunción, 1950), dos poetas paraguayos que han sufrido, en diferentes circunstancias pero bajo la misma dictadura, la de Alfredo Stroessner (de 1954 a 1989).

El poeta siempre desafía al mundo en el que peregrina, sea en su país o fuera de él, en libertad o en prisión, feliz o melancólico. El entorno puede serle hostil, pero a su intimidad decide lo que es importante.

Por vos, mi amor, yo daría todo.

La vida. La palabra. Enteramente.

Lo que me pidas y lo que no me pidas. Todo.

Te quiero y eso basta.

Lo demás es poesía. (Epigrama. Marcos. Pág. 14)

No negamos ni mucho menos el impacto de las otras formas de desarraigo (repetimos): exilio interno, marginamiento, exclusión social, económica, cárcel, condiciones acaso tan dolorosas (más, según Roa) como el exilio político que aquí nos ocupa por ser el tipo de ostracismo vivido por Juan Manuel Marcos y Rubén Bareiro Saguier y tantos otros. Todo lo contrario. Más aún, sostenemos que cualquiera sea el caso, el hombre por ser tal es un animal disconforme de su aquí y ahora – la bestia cupidísima rerum novarum de que habla Max Scheller citando a San Buenaventura – y, por lo mismo, requiere para su supervivencia (biológica y existencial) de la

esperanza, del ideal, de ese algo acaso imposible pero real, remoto y a la vez a su alcance.

Inútilmente tardan esta ausencia,  
porque tú me acompañas.  
Mi soledad está llena de ti,  
porque tú me recuerdas.  
Mi silencio amanece sin grilletes,  
porque tú lo enamoras.  
Espérame en la esquina final de la mañana.  
No podrán desterrarme de la vida.

(Marcos, pág. 61. Poemas de la Embajada VII)

O cuando el poeta se apodera de la belleza objetiva,  
aquella que ni los tiranos pueden eliminar.

Los jacarandás  
aunque no los vea,  
riegan sus pequeños cielos sobre las veredas.  
Aquí los tengo.  
Ni las rejas,  
ni la humedad,  
ni el olor leproso  
que me impregna la piel  
me los podrá quitar:  
a un hombre libre  
apenas si le pueden apresar el cuerpo.

(Estancias. Floración. Pág. 48)

Irónicamente, el exilio ha contribuido a la difusión, cuando no a la creación, de la obra literaria paraguaya (porque de ella hablamos aquí, sin ningún afán – aclaramos – exclusivista ni reduccionista). Producto del exilio son, por ejemplo, Hérib Campos Cervera, Elvio Romero, Gabriel Casaccia, Augusto Roa Bastos, Teodoro S. Mongelós, Arnaldo Valdivinos y otros. Así también, el exilio ha acompañado el surgimiento y el crecimiento de la Nueva Novela Latinoamericana.

Ha convivido con los autores del boom: García Márquez, Cortázar, Vargas Llosa, Roa Bastos, Asturias.

Ahora bien, deliberar sobre si el destierro forzoso ha sido bueno, o en el peor de los casos un “mal necesario”, no sin un ingrediente de imprecisión, de vaguedad conceptual, por no decir de mal gusto; sería algo así como debatir acerca de si la guerra, los desastres naturales o artificiales, y otros tipos de adversidades con las que ha convivido siempre la humanidad, no le habrán venido bien, pues “gracias a ellos” (entre comillas), los seres humanos han desarrollado su ingenio y han buscado mejores modos de convivencia con sus pares y con su medio. Conocido es el avance científico y tecnológico que trajeron aparejados las guerras, no solo en el campo militar sino además en la aeronáutica, la exploración submarina y subterránea, el combate a las enfermedades y tantos otros ejemplos. Concluir que las guerras y catástrofes son necesarias para la humanidad por sus posteriores derivaciones positivas sería arriesgado, y en todo caso, no debe hacernos olvidar sus efectos perniciosos, mediatos e inmediatos.

No obstante, la duda permanece, hasta el punto de provocar el descaro de los serviles y adulones de las dictaduras, que han sostenido la teoría (por llamarla de alguna manera) del “exilio dorado”, presentando al ostracismo como un favor hecho al exiliado, quien a su vez explota su condición y saca provecho de la misma, como si, por lo demás, aprovechar las circunstancias de la vida no fuera legítimo, dentro del marco del escrúpulo y los principios.

De todos modos, no podemos dejar de preguntarnos: ¿no será que, en el fondo, observando desde otra perspectiva, tienen razón los que así piensan? Lo que resulta evidente es que la literatura (paraguaya, latinoamericana...) sí se ha beneficiado – ¡y de qué manera! – con el exilio. Gracias al exilio tenemos buena literatura. Es un hecho, si bien ello no nos permite afirmar que sin exilio no hubiera sucedido otro tanto.

A propósito, Gabriel Casaccia, al comentar su exilio interrumpido por fugaces visitas al país, nos responde manifestando: “No sé si esto me ha perjudicado. Es imposible saber si escribiría peor o mejor si no hubiera salido del país”. No obstante, agrega: “Yo pienso que el exilio tiene algunas ventajas. Aquí, en Buenos Aires, la atmósfera cultural es más estimulante (...) porque es más intensa y rica, y porque – por lo mismo – el escritor está obligado a ser mucho más riguroso y exigente consigo mismo”. (Entrevista de Almada Roche, pág. 173)

En cualquier caso, estamos ante una pregunta filosófica de alto contenido existencial que, por lo tanto, tendrá diferentes respuestas de acuerdo al enfoque de cada cual, de cada pensador, de cada ser pensante, derecho que no se lo negamos a nadie pero cuyo tratamiento pertenece a otro terreno, ajeno a las pretensiones de la presente ponencia.

Aun cuando no pretendamos aquí, de buenas a primeras, hablar de antropología filosófica, al abordar el tema del exilio y la literatura nos sale al paso el problema del hombre, la cuestión antropológica, en el sentido filosófico, existencial. De hecho y sin ir lejos, en el mismo momento en que el individuo se plantea seguir una carrera, aceptar un empleo, comprar o no una casa o un auto, y para qué, dónde residir, contraer matrimonio o cualesquiera otras decisiones a tomar, la reflexión antropológica se hace presente, aunque más no sea durante unos segundos, o acaso durante varios días o meses. Son pues decisiones que afectan a la existencia y al destino. ¿Por qué razón, pues, hemos de desconocer este privilegio, que en muchos casos resulta acaso inconsciente pero no por ello menos real, a este ser reflexivo por naturaleza como es el escritor, el poeta, el artista? Ni qué decir cuando se halla sometido a convivir con la aguijoneante presencia de su condición de expatriado. En efecto, el exilio persigue al poeta mientras dura, y aun después. Se apega a su vida como una garrapata,

con la cual aprende a convivir. A veces le pica con intensidad, otras no tanto. Muchas veces como que duerme y pasa desapercibido. No obstante, el poeta sabe que está ahí y que no lo dejará, a no ser que llegue el indulto, la licencia, el retorno definitivo. La molesta garrapata se habrá marchado, no así su marca.

“Bajo las plantillas gastadas  
de mis viejos zapatos  
van pasando las calles  
torrentosas del mundo: caras, voces extrañas,  
manos, copas amigas.

Ausencia.

El frío del camino  
se me sube a los huesos  
por los hoyos del cuero  
que calca en cada suela  
la forma exacta  
de mi patria”.

(RBS. Huellas. Pág. 31)

La condición del hombre como ser errante, o más bien, migrante, no ofrece lugar a muchas dudas (condición que convive con la tendencia al sedentarismo, a echar raíces). El sacerdote de origen canario Bartomeo Melià ha rehusado en varias ocasiones en calificar al guaraní como pueblo nómada, como se acostumbra. Al respecto, el antropólogo jesuita argumenta que los “blancos” llevan una vida mucho menos sedentaria de lo que se jactan. En efecto, el fenómeno de la migración, el traslado de las personas, individualmente o en grupos, de una región, país o continente a otro, con el fin de establecerse temporal o definitivamente en una tierra extraña a la de la infancia, ese fenómeno ha sido siempre concomitante con el desarrollo histórico de las sociedades y las civilizaciones.

Así también, a la par del espíritu aventurero o la simple

búsqueda de nuevos horizontes, acompaña a la persona el sentimiento antagónico: la querencia, ese anhelo de retornar al *tekoha*<sup>1</sup> de los primeros años de vida, al hábitat de origen. He aquí el contraste, la humana contradicción. El ser humano es inquieto pero teme el desarraigo, añora el retorno.

La lucha constante entre esas dos tendencias, el nomadismo y el sedentarismo, el ansia de explorar nuevas rutas y el impulso de regresar al origen, al hábitat original, acompaña al individuo humano a lo largo de su vida. En ese sentido, sin embargo, el exilio aparece casi como un accidente, una contingencia que acontece a algunos (a muchos), pero no a todos. Al menos en apariencia, pues no hace falta ausentarse del país para vivir un exilio, llámese exilio interior, llamada a silencio, hasta ceguera voluntaria.

En una entrevista a Rubén Bareiro efectuada en París en 1983, Augusto Roa Bastos ubica el poemario de aquel, *Biografía de ausente*, como uno de “los tres más importantes e intensos poemarios del exilio y con el tema del exilio de la literatura paraguaya de este siglo” (léase siglo XX), junto con *Ceniza redimida* (1950) de Hérib Campos Cervera y *El viejo fuego* (1977) de Elvio Romero. En la misma conversación, publicada en el volumen de *El séptimo pétalo del viento*, Roa realiza un paralelo entre las citadas obras y el *Canto Secular* de Eloy Fariña Núñez, como ejemplos de dos modalidades de exilio. Al respecto, expresa que dicha “oda celebratoria” es “a su modo, un encendido canto del exilio en el que la nostalgia de la ‘tierra perdida’ se transforma en un canto de esperanza y de augurios inspirado en la realidad ‘idealizada’ de nuestra tierra, de nuestra gente, del trágico destino nacional, con inquebrantable esperanza en nuestra democracia política”. “He aquí – agrega Roa Bastos – los dos polos de esta poesía del exilio y en el exilio, que Gabriel Casaccia iba a trasponer a la narrativa”. (Bareiro, Pág. 14.)

Bajo el sugestivo título de *Cuentos de las dos orillas*, Rubén



Bareiro Saguier publica en marzo de 1998 un volumen que reúne dos emblemáticas colecciones de sus cuentos: *Ojo por diente*, ganadora del Premio Casa de las Américas, de Cuba, en 1971, lo que le valió la censura al libro y la prisión al autor, y *El séptimo pétalo del viento*, aparecida en 1984. En el prólogo de dicho volumen, el desaparecido escritor y periodista Helio Vera comenta que “en *Cuentos de las dos orillas* el autor busca – desde la distancia – las raíces de su patria, explora las claves de su cultura e interroga al destino de su pueblo”. Más adelante, agrega que “lo que importa es conservar la memoria, porque ella configura los recuerdos como una nueva realidad. Si ellos se borran, desaparecen las raíces de la vida”. (2 orillas, Págs. 16-17)

Porque mantener el vínculo con la patria lejana implica hacer otro tanto con su pasado, con el origen. Y ello no implica atavismo ni inmovilidad, pretendiendo un torpe estancamiento de épocas superadas. “Un tono de nostalgia atraviesa el libro. Han cambiado muchas cosas”, dice en otro momento Helio Vera. Agregamos que dicho “tono de nostalgia” acompaña transversalmente también otros libros del autor, especialmente los poemarios. Lo mismo sucede con la poesía y la narrativa de Juan Manuel Marcos. “Vine y comprobé que todo era distinto, que había pasado una eternidad desde que la violencia nos echó de estos sitios”, dice el narrador protagonista del cuento *Pacto de sangre* (2 orillas, Pág. 94). Se mira hacia adelante pero también hacia atrás. Se mira hacia el mundo pero también hacia el terruño de la infancia. Y eso el escritor ha de plasmarlo en el la letra, en el libro.

El mismo Bareiro Saguier nos relata su vivencia a través de su poema *El río del exilio*. En el mismo explota la riqueza simbólica y metafórica del elemento río al compararlo con el exilio o con el transcurso inexorable de los acontecimientos, que marca a quienes arrastra en su camino. Al comienzo fui pez en la corriente. Es decir, compara, por no decir identifica,

el río, su corriente, con el tiempo, el cronos mitológico que devora a sus hijos, o al menos, en el mejor de los casos, los marca a hierro incandescente.

Lejos del fatalismo, el poeta deja entreabierta la ventana de la esperanza.

Claro que puedo volver,  
resucitar palomas,  
desmadejar memorias,  
recuperar libélulas,  
techar la antigua casa,  
recomponer setiembrés,  
embotellar el mar,  
nuevamente habitar los espejismos.

(Revista del PEN Club)

Dice Bareiro Saguier en *El río del exilio*. Pero el rastro que deja ese río permanece. El poeta puede volver a la tierra, a la casa, reconstruirla, no así revertir el tiempo transcurrido.

Pero el sueño termina  
con la muerte  
porque el río  
nunca sube de vuelta  
la corriente.  
Se queda la canción  
que es pez ya sin declive.

Pero el río...

el río es de viento.

(Revista del PEN Club)

El exilio se encarna. Se hace carne en el poeta. Permanece en la huella y trasciende a su duración. El destierro, como medida gubernamental o como hecho histórico y factual tiene límites porque el poder despótico lo tiene, pero su impronta no. La poesía transporta esa huella a todas las orillas: a las orillas de su país, a las del presente, del futuro, de la intimidad. El déspota es poderoso pero no todopoderoso. Su

imperio tiene fin, incluso durante su ejercicio. Tiene sí soplo-  
nes, adulones, cómplices, pero el poeta responde: Apuesto por  
la vida.

A pesar del espía que soborna silencios  
y el sabueso de sangre, traición, infamia y lodo.

A pesar del comercio diario del saludo.  
Apuesto por la vida, lo nuevo y lo posible,  
la cíclica sonrisa de las uvas,  
la silenciosa nostalgia fluvial del arroyito,  
la silenciosa nostalgia marítima del río,  
la silenciosa nostalgia terrícola del mar,  
jeste sueño de arcilla!

Algunos secretos alfareros están imaginando la silueta  
del día.

¿Por qué ha de estar  
eternamente prohibida  
la alegría?

(Marcos. Poemas de la libertad II)

La distancia produce nostalgia, pero el exilio la agrava. Y el  
poeta trasunta esa experiencia en su obra. Porque el exilio es,  
ante todo, experiencia. Se vive el exilio. Se vive en y con el  
exilio. En él y con él se trabaja, se come, se duerme, se ama, se  
recuerda, se sufre. Con la literatura sucede otro tanto, solo que  
el poeta – y por extensión, todo artista – lo sufre con una  
intensidad muy especial, con una mayor carga emotiva, y eso  
lo refleja en su poesía.

La música, la gente, el trajín, las imágenes,  
la irremediable ausencia, los semáforos,  
el olor del café, la moneda, el tabaco.  
Todo está aquí vestido de distancia.

(Marcos, El exiliado 2)

Es decir, las cosas presentes, próximas, al alcance de la  
mano, hablan de distancias, y recuerdan al poeta su condición

de exiliado. La patria está lejos, el destierro está aquí. Cansado de la lenta erosión del exilio,

del silencio infinito de la calle,  
ansía como loco el regreso y el grito,  
la ebriedad de la vida vivida entre otras vidas.

(El exiliado II pág. 39)

Por otro lado, el expulsado se sabe blanco del vituperio oficial, de la propaganda mezquina y malintencionada, de la inquina, la calumnia de los serviles que aprovechan la ausencia física del vilipendiado, por muy reconocida que sea su obra en otros ambientes. La dictadura se ocupa de profanar y atizar el fuego de la ignominia.

Ave de presa,  
presa del odio,  
de la nostalgia.

Tan lejos del agua lustral  
de la primera tierra.

Ya no era yo el pájaro,  
era la presa,

la rapiña del tiempo  
con la espalda sangrando  
de recuerdos. (Revista del PEN Club)

Me iré de ti, patria mía, tal vez por mucho tiempo. (...)

Pero me llevaré tus pájaros,  
tus árboles, tus días,  
tu parábola exacta,  
todas tus esperanzas compartidas.

(...)

Me iré, pero contigo.  
Manera de quedarse.

(Marcos. Poemas de la Embajada IV. Pág. 58)

Se produce, pues, en literatura el fenómeno de la omnipresencia. El poeta no se ha ido. Sigue presente aunque se haya

marchado. El exiliado, si es poeta, no se va del todo, ni abandona a los que quedaron. Permanece con ellos.

Será lindo volver después de tantos años.

Abrazar a los nuestros con impaciente júbilo.

Encontrar todo tan cambiado.

Y descubrir, de pronto, que no nos hemos ido.

dice Marcos en un poema de 1977. (El exiliado III pág. 41)

Porque, de nuevo la cuestión antropológica por profundamente humana, no únicamente el exiliado externo sino que

Nadie puede vivir sin este fuego.

Nadie puede engañarse, como un ciego de nacimiento

que imagina el esplendor del alba....

Nadie puede vivir sin estas llamas,

sin esta combustión invulnerable,

sin esta fiebre solidaria que abomina la muerte, sin esta primavera que nos abre los ojos,

sin esta leal fragancia que nos abre los poros,

sin esta luz sonora que nos abre los labios,

sin este amor abriéndonos las puertas de la vida.

(JMM pág. 54)

Qué duda cabe de que el destierro aviva estos requerimientos vitales y existenciales.

no hay distancia más grande ni más triste

que la que no podemos medir

cuando atardece. (JMM Atardecer. pág. 43).

Decae el día, se levantan los recuerdos. Distancia, abismo, más que apenas la distancia física, el río, el mar o hasta la línea fronteriza que separa al ciudadano de su nación. El escritor no solo poetiza su propio exilio, el vivido por él en persona. La literatura es siempre un ejercicio solidario, si bien la creación es un acto solitario e íntimo. La poesía no convierte únicamente en palabras las heridas del autor. Presta poesía a otros desterrados, se traslada y ocupa el recinto de su alma y habla por ellos.

Porque a diferencia del común de los mortales, el poeta disfruta del privilegio de transmutar esa dolorosa experiencia existencial del exilio, esa nostalgia, esa querencia, en palabras, en versos. Lo abstracto (que no hay que confundir con inexistente) se hace concreto. Puede ser visto, leído, pronunciado. Se hace visible, se hace poema. Asimismo, el poeta es consciente de su condición de errante, que peregrina por los caminos de una realidad externa que lo supera, que se impone ante él. Esta conciencia (que creemos es mayor en el escritor exiliado), lejos de constreñirlo, le otorga la libertad de saber por dónde pisar, de permanecer despierto ante los fenómenos de la existencia.

Y si yo caigo  
antes del alba,  
si caigo, digo,  
el alba se levantará, por mí,  
cada mañana. (RBS. Continuidad. Pág. 32)

Por eso, el escritor, dentro o fuera del territorio de su nación, pisa tierra siempre. Conoce su país, lo vive, y por ello su obra pertenece a su país. Al poeta exiliado le duele el destierro de los que permanecen adentro.

la gente vive enterrada en el paraje a menudo aterrada  
desterrada siempre  
la gente navega tierra a tierra  
los niños comen tierra  
y los hombres siguen comiendo tierra  
fácilmente (Bareiro. Isla secreta. Estancias... Pág. 33)

Pero así como trasciende el espacio, el poeta (la poesía) trasciende el tiempo y se burla del dios Kronos. Pasado y futuro se encuentran en el presente. La poesía se hace presente, se hace actual, se hace acto. Se espera el pasado y se recuerda el futuro. O, lo que viene a ser lo mismo, el tiempo simplemente se esfuma, se diluye en la nebulosa de la memoria.

El hombre no recuerda  
cuál fue el último abrazo entre los suyos,  
ni el color del avión,  
ni los rostros exactos de esa urgencia.  
Sabe que están allá  
con las manos abiertas y esperando,  
y la misma mirada de aquel día. (JMM Atardecer, pág. 42)

La magia de la poesía puede lograr este fenómeno, no así  
el poder político, que sí es efímero, como lo es su influencia.

Nunca vimos ese rostro.

Pero recordamos su costumbre de sonreír, callado.

Nunca tomamos esas manos.

Pero su leve tacto es una vieja amiga.

No conocimos esos labios.

Pero ya nos besaban, desde remotos ríos, la memoria.

No habían escurrido sus pasos negligentes nuestro  
umbral.

Ni degradado, amable, su atardecer a solas nuestras perso-  
nales escaleras.

Ni despejado su intrusa viudez de pantano nuestros  
exiguos ritos cotidianos.

Pero ha llegado.

Y aunque no compartimos el pífono portátil de su idioma.  
Ni ocupamos el eco nasal de su saludo.

Ni sospechamos la asmática parábola de su recién venida  
alarma.

¡Le extendemos los brazos!

Nunca había estado aquí. ¡Pero ha regresado! (JMM El  
exiliado, I pág. 37)

Porque la huella que deja la experiencia del destierro no es  
solo física, como tampoco la distancia. La dimensión poética  
no concuerda con la dimensión física, si bien la contiene y la  
supera. Al igual que Fray Luis de León, quien en el siglo XVI  
exalta la majestad celestial ante la pequeñez mundanal,

Cuando contemplo el cielo  
De innumerables luces adornado,  
Y miro hacia el suelo  
De noche rodeado,  
En sueño y en olvido sepultado. (Noche serena, pág. 43)  
Dice Juan Manuel Marcos:

Entonces, sin sorpresa, su silueta recorre nuestra casa.  
Reconoce rincones jamás imaginados.

A la noche, nos hablará, como siempre, con sus errantes  
sílabas.

Conversaremos como niños que el invierno desvela  
y adivinan sus huellas infinitas

bajo el silencio confidencial de las estrellas. JMM El  
exiliado, I pág. 38

Es decir, las estrellas como elemento simbólico, cual  
testigos silenciosos y a la vez omnisapientes bajo los cuales  
resulta inútil ocultar las verdades ni tiene sentido, por ello  
mismo, la soberbia, la presunción, la mezquindad de quien  
ejerce el poder. El cielo *de innumerables luces adornado* ridicu-  
liza al déspota y consuela al desterrado, pero también al preso,  
al perseguido. El cielo – imponente, majestuoso, superior –  
contiene lo imperecedero: la esperanza, la justicia, el amor.

Ese amor me ha dado fuerzas contra todas las cosas,  
en medio de la angustia, clavado entre columnas,  
desterrado del mundo, perseguido,  
difamado, herido de amenazas,  
solo como un misterio sin voces ni noticias,  
escondido del buitre que sospecha del día.

(Marcos, Poemas de la Embajada I, pág. 54).

El destierro forzado impele al escritor no solo a desear  
su regreso. Sueña además con que la Patria que lo expulsó  
haya cambiado para entonces y lo reciba diferente y sea mejor  
que como cuando lo desterró. Este deseo, en el caso de  
Marcos, Bareiro Saguier, Roa Bastos, Romero y otros, se



tradujo sin más palabras en el sueño de una democracia que  
sustituyera a la tenebrosa dictadura.

Te imagino en silencio. Esperando.

Te imagino angustiada, también, en esta espera de  
insomnio y pesadilla.

Con las manos vacías.

(Marcos. Pág. 53 Poemas de la Embajada)

Si bien el exiliado no siempre habla de su exilio, su obra sí  
lo hace. Habla de su persona. Es decir, el escritor desterrado  
habla de su exilio hasta cuando no lo hace.

Bajo las plantillas gastadas  
de mis viejos zapatos  
van pasando las calles  
torrentosas del mundo: caras, voces extrañas, manos,  
copas amigas.

Ausencia.

El frío del camino  
se me sube a los huesos por los hoyos del cuero que calca  
en cada suela la forma exacta  
de mi patria.

(Huellas. Estancias... Pág. 31)

Amanece largamente  
en Provenza  
sobre los menudos cielos  
de la lavanda  
y la madura miel secreta  
de los campos.

Amanecen todas las luces  
y los gallos no cantan.

(Provenza y el destierro. Estancias... Pág. 73)

No obstante, no todo en el exilio es dolor, nostalgia y  
querencia. Sus huellas no han de ser necesariamente penosas.  
En ese sentido, Casaccia indica que “la distancia le da (al escri-  
tor) una *perspectiva*<sup>2</sup> sobre su propia realidad (se origina lo que

se ha dado en llamar, según Josefina Plá, “hecho perspectivista” de tanta significación, principalmente en la narrativa paraguaya y según el cual, las grandes innovaciones se gestan fuera de los límites nacionales, donde no es posible que la circunstancia restrictiva (...) ejerza influencia sobre el novelista), puede diferenciar mejor lo esencial de lo accesorio, lo permanente de lo efímero de ‘su’ mundo”. (Almada Roche, pág. 174).

Parece contradictorio (un contrasentido) pero no lo es. El artista necesita dejar el localismo y abrirse al exterior de su reducto, aprender del mundo, crecer, y entonces, desde afuera, mirar hacia atrás y buscar sus raíces. Oklahoma, Madrid, Buenos Aires, París, Nueva York, o Estambul, la exótica ciudad situada en el cruce entre Oriente y Occidente, entre dos orillas geográficas y culturales, donde Bareiro ubica la acción de su cuento *El séptimo pétalo del viento*. Cosmopolitismo y nostalgia, querencia y ciudadanía mundial. Así es el hombre, así es la poesía.

El creador paraguayo ha de buscar superar el provincialismo, que es lo que aísla a su país del resto del mundo, mucho más que la mediterraneidad como contingencia geográfica. Mirar hacia adentro, desde adentro, no siempre resulta provechoso. Por eso, al Paraguay como país también, irónicamente, le vino bien el exilio de sus intelectuales. Sus exiliados lo hicieron conocer. Bareiro Saguier, al rechazar la idea de que el exilio fue una suerte para los escritores que lo padecieron, responde en una entrevista hecha por Victorio Suárez que nuestro país no existía “ni en la noticia ni en la enseñanza ni en la preocupación del hombre corriente de las latitudes distantes” y que gracias a los escritores, “ahora ya existen destacados críticos o estudiosos (...) que se ocupan de la realidad sociocultural, literaria, política, lingüística o histórica del Paraguay”. (Suárez, pág.306)

Casaccia advierte, no obstante, que el exilio tiene

asimismo “muchas desventajas”, como ser el hecho de que “uno puede perder el contacto con su lenguaje, con el idioma vivo de la calle, puede desvincularse de ‘su’ realidad, convertirse en una especie de paria, en un desarraigado”.

El padre de la novela paraguaya, como con justicia lo denomina Almada Roche, aclara que esa desvinculación con el lenguaje local es más grave en un escritor realista, como es su caso, que en un autor “cosmopolita o fantástico”. (Almada Roche, pág. 174).

## CONCLUSIÓN

Como hemos visto panorámicamente, el concepto de exilio es amplio y ofrece varias acepciones. Su espectro conceptual abarca mucho y ofrece diversas opciones, según la extensión semántica que se desee dar a la palabra: confinamiento, exilio forzoso, exilio interior, emigración, llamado a silencio... Ya sea limitándolo a la medida decretada por algún gobierno despótico, o como opción personal, forzada o no por circunstancias económicas, laborales, sociales, religiosas, políticas, o por mera sed de aventura, o cualesquiera otras motivaciones, un hecho es cierto: el exilio deja su impronta cuando el expatriado es poeta, es escritor, es artista, como lo son Bareiro Saguier y Marcos. El poeta, así como no se ausenta del todo, puede regresar físicamente pero la huella del destierro permanece, a simple vista o no, pero está presente, en su poesía.

El escritor amasa la experiencia dolorosa del exilio y la convierte en poesía, en algo bello. Triste, trágico, pero bello. Si esa experiencia es o no útil al hombre, si le hace crecer o lo hunde, o ambas cosas, en la constante paradoja de la vida, paradoja presente a menudo en los poemas, lo cual no sucede en balde, porque la existencia humana está saturada de contrastes y contradicciones (“No hay mal que por bien no venga”, dice la empírica y a veces ingenua pero siempre impla-

cable sabiduría oral popular). Los dictadores, ¿han hecho un favor a los expulsados? Parece innegable que a la literatura sí. ¿Les enriquecieron sin querer o hicieron que el dolor los enriqueciera? Problema existencial o filosófico, es decir, contundentemente real.

Lo cierto es que mucha literatura se ha forjado en el exilio, no solo para hablar del exilio, o para hacerlo en todo caso de un modo soterrado, esperando a que el lector avezado o atrevido desempolve su presencia subyacente. Lo contundente e innegable es que el ostracismo deja su impronta, su señal, su secuela, en el hombre y en los pueblos. Que eso sea bueno o malo, necesario o contingente, providencialismo o fatalismo, es una cuestión filosófica, es decir, interrogante, misterio. Pero ya se trate de misterio, providencia o azar, es categórico que el destierro puede pasar pero la huella queda. El exilio deja su impronta en el alma y se patentiza en el libro, en el verso, en la novela. “*Lo demás es poesía*”.

## BIBLIOGRAFÍA

1. BAREIRO SAGUIER, Rubén. Estancias, errancias y querencias. Alcándara. Asunción, 1985.

2. BAREIRO SAGUIER, Rubén. El séptimo pétalo del viento. Arte Nuevo. Asunción, 1984.

3. MARCOS, Juan Manuel. Poemas y canciones. Alcándara. Asunción, 1987.

4. DE LEÓN, Fray Luis. Poesías. Losada. Buenos Aires, 1979.

5. Revista del PEN Club del Paraguay. No 16. Noviembre 2008. Arandurã. Asunción.

6. MÉNDEZ-FAITH, Teresa. Breve diccionario de la literatura paraguaya. 1a ed. El Lector. Asunción, 1994.

7. MÉNDEZ-FAITH, Teresa. Paraguay: novela y exilio. Intercontinental. Asunción, 2009.

8. ALMADA ROCHE, Armando. Gabriel Casaccia, el padre de la novela en el Paraguay. Arandurä. Asunción, 2007.

9. MEDINA, Xavier. Las migraciones vascas. Revista Estudios Paraguayos. Vol. XIX, Nos 1-2. CEADUC. Asunción, 2001.



1. Término guaraní que significa a la vez lugar físico de residencia y modo de vida.
2. En bastardillas en el original.